TÍTULO: Señal de victoria

En la feria camina junto a sus padres, sostiene una bola de algodón. Se distrae, la vista aquí y allá: el sonido de la tómbola, los pájaros que revolotean dentro de las jaulas. Pero el crío se despista, la mano de la madre se ha deslizado entre la muchedumbre sin que él se diera cuenta. Y ahora las caras de los adultos mirándole se le antojan opresivas. Corre, corre hacia fuera, a cierta distancia trata de encontrar el lazo rojo en el vestido o el pelo rizado del padre. En cambio solo polvo, la neblina de las frituras, su olor, y el estridente sonido de una trompeta, el seco disparo de una escopeta lanzando un corcho…

¿Acababa de conocer la angustia? ¿Eso era el miedo? No, el miedo no era eso. Ni eso ni el sueño en el que caía de la cama, de pronto una altura infinita, no terminaba de estrellarse nunca. Tampoco era la puerta entreabierta, la sombra del callejón, los ruiditos, como de canicas rodando, que parecían llegar del tejado. El miedo no era el perro que ladraba, que de un tirón rompía la cadena. Ni era eso ni la voz elevada del padre desde el salón, un cenicero cayendo, que se rompía en pedazos. No. El miedo no era eso; el miedo vendría después.

Se ha levantado con el despertador; él, un adolescente de apenas quince años. Se siente satisfecho, como el que abandona un lugar sereno, se encuentra con un camino enmarañado y no obstante el reto le aviva, le incita a moverse. En la casa ni un solo ruido, solo el goteo de un grifo que no cierra.

Ha hecho la cama (<<el embozo hacia fuera: hazlo así>>), se ha preparado el desayuno, ha fregado el suelo pese a estar limpio y al cerrar la puerta (<<crac, crac>>, doble vuelta) saluda a la vecina, que al verle se siente invadida por un vago pensamiento: ¿es quizás lástima? ¿envidia tal vez? ¿se conducirían sus propios hijos de tal modo?

El autobús aún tarda en llegar, es domingo. Durante el recorrido hasta la última parada mira a la gente que camina con el pan, el periódico, entra en la iglesia. Y finalmente frente a él el enorme edificio. Deja salir primero a otra señora, sale él, sube la escalera que da a la puerta de cristal, que se abre sola, pasa el vestíbulo, muestra la tarjeta de

acceso. Entonces el mismo recorrido de los últimos quince días: un pasillo gris, el correteo de los trabajadores que visten de verde, el olor entre agrio y alcohólico que aturde. Alcanza la segunda planta, allí el trasiego es escaso, le llega la mezcla de tibios sonidos, perfectamente audibles: la rueda del soporte de un gotero, sillas que arrastran en la sala de espera, una bebida cayendo de la máquina expendedora, el bolígrafo que se desliza sobre la carpeta, la punta golpea el papel tras la firma. Llega a la 208.

<< ¿Has dormido bien>>, le pregunta la madre, <<¿es que no vas a darme un beso?>>. Ella se ha incorporado, está sentada sobre la cama, se toca el vendaje del abdomen. <<Hoy si todo va bien nos vamos a casa>>, dice. El hijo se le acerca. El vértigo se instala en esos escasos dos pasos que le separan de su madre. Aquello en cierto modo le aterra. Y desvía la vista hacia las arrugas de la cama contigua, que permanece vacía. Piensa: << ¿Y si no está recuperada del todo? ¿Y si algo le pasa en casa? ¿A quién avisar en ese caso?>>.

Mientras bajan la cuesta hacía la marquesina del autobús la madre ha mencionado: <<Todo ha terminado>>. Lo ha dicho intencionadamente. Refrenda su postura, de nuevo el papel de madre; se rearma. Y a pesar de saber que quedan largos días, interminables curvas hasta el hospital regional, el único donde por el momento disponen de aquel aparato (el médico se lo ha explicado: <<son unas ondas localizadas, únicamente en el vientre, tendrá leves molestias digestiva>>), aquel camino lo hará sola, ya lo ha decidido, su hijo no irá con ella, de ningún modo hacerle pasar por eso: el incómodo asiento de la ambulancia, siete personas: uno habla de asuntos médicos, aquel otro no dice nada, suspira; la que mira por la ventana solo abre la boca si ve algo que le llama la atención, se excita, le da un ataque de tos.

¿Qué era el miedo? ¿El miedo era no alcanzar la nota de corte, perder un trabajo, el desfiladero de la soledad tras la primera ruptura? ¿Qué era realmente el miedo?

El tiempo ha pasado. Es verano, el muchacho es ya un hombre, permanece dentro de la casa, sentado frente al ventilador. En la terraza su madre baña a la nieta en un cubo. El

paso del tiempo es un concepto al que solo se llega mediante la razón. El gato, carente de razón, falto del concepto del tiempo, se sube a la silla donde se sentaba el padre, que se marchó siendo él muy pequeño, sin más explicaciones, dejando el plato lleno, tanto mejor para todos: el clima se destensó, la niebla se esfumó. Dos veces al año llamaba para preguntar por *el muchacho*, que tuvo que madurar repentinamente. Pero *el muchacho* ya se ha casado, él mismo tiene una niña, por la que el abuelo apenas se ha interesado, ya casi nunca llama.

Desde fuera el chapoteo, la niña que salpica, se ríe, está eufórica. Y a través de la ventana puede ver a su madre, en bañador, secando a la nieta con una sábana vieja. Y es entonces un recuerdo: debajo del bañador la cicatriz: esa elevación lineal que salva el ombligo, que se curva en este; la cicatriz rojiza ahí sigue, veinte años después, es la señal de la victoria. ¿Qué era el miedo? Su ausencia fue, por momentos, realmente el miedo. Pero el miedo, en ocasiones, no gana.